Es una querencia inmutable que a través de los siglos no ha perdido actualidad. Hoy como ayer, la Merindad de Ultrapuertos es, en el sentir de muchos navarros, de uno y otro lado, una parte integrante del ser de Navarra, aunque nos separe una frontera impuesta. Hoy he pisado sus tierras, descendiendo desde Aztobiskar, dejando atrás en la nebulosa del recuerdo, la legendaria batalla de Orreaga, asombrado por la grandiosidad y belleza del paisaje.

Mientras sendereaba sus profundos senos, recordaba a Iturralde y Suit y su leyenda El combate de los muertos, oía sin querer, estremecido, el rumor quejumbroso de la batalla y el sonido estridente de las trompetas de las huestes vencidas de Roland.

Es aquí, en estos barrancos, donde el Imperio Carlovingio, en cuyo regazo se supone recriada Europa, es derrotado y maltrecho por los vascones, epopeya llevada a cabo por nuestro pueblo al impulso irrefrenable de su amor a la libertad.

La política carlovingia pretendía extender a lo ancho del norte peninsular la Marca Hispánica, que trazó los límites de Cataluña y que dejaba el territorio de aquel Imperio en contacto directo con los árabes sin solución de continuidad. Roncesvalles cortó aquel designio. Gracias a los vascones, se habla hoy euskera en nuestras montañas y valles y castellano en España. Si los planes carolingios hubieran sido llevados a la práctica con éxito, la reconquista cristiana peninsular, realizada por aquel imperio, hubiese ahogado cualquier intento de personalidad nacional autóctona al sur de los Pirineos, alcanzando sus consecuencias a los órdenes lingüístico, cultural y político.

Aquella batalla llevaba en su entraña la afirmación de libertad nacional, de acuerdo con el espíritu más auténtico y genuino vivido en la tradición continental.

Desde mi atalaya contemplo las verdes laderas que me deslizan hasta Arnegi. Siento en el húmedo barro de mi carne germinar la semilla humilde del helecho que a ambas vertientes crece, alrededor de blancos caseríos de nombres euskaros y añoro ser helecho para escuchar la voz de la libertad en sus tierras alodiales, y, no saber, ni entender, de fronteras incomprensibles.

Han gozado mis oídos con la dulce y milenaria lengua que nos une, en Ezpeleta, Baigorri, Garantzi y otros, y he hablado en las dos que nos separan e impusieron los imperios, y he comprendido que el afilado cuchillo que nos hirió en 1512 (Luis XIII, 1611), ha profundizado en las conciencias de quienes hoy, siendo navarros, se sienten franceses en un lado y españoles en el otro.

Casi quinientos años aprendiendo por impregnación forzosa y forzada la historia y costumbre de los vencedores, ignorando y haciendo ignorar la nuestra, ha cambiado sustancialmente a los vascos de nuestra querida Navarra y hoy, este hombre, perdida su esencia, que vive, casi exclusivamente, por y para su subsistencia, ha dejado el corazón colgado, como el cardo secular, en la puerta de su caserío.

No nos han despojado solamente de nuestra independencia, que eso no sería lo más importante, si hubieran respetado nuestra lengua, nuestra cultura, nuestras leyes, pues el vasco ha demostrado en el transcurso de los siglos que ha sabido convivir en paz con los invasores, mientras estos han respetado sus libertades.

Nos han robado la conciencia de nuestro propio ser, que es el don más preciado. Es el genocidio más sutil que enfrenta al hermano con el hermano, por ignorancia, haciendo renegar de la sangre de sus progenitores.

Mas yo presiento que un día, en la alta montaña de Aztobiskar, limpia de boiras, se encenderán hogueras que alumbrarán, no la victoria de una batalla, sino el abrazo de unión de todos los navarros libres, en una Navarra histórica integrada en la Europa de todos los pueblos.